

podía éste, pues, quejarse de quien había observado con tanta exactitud sus instrucciones, y por lo mismo le conservó, á lo menos en la apariencia, en todo el favor de que había gozado en su corte durante tantos años. Mas con el tiempo, sea que estuviese en secreto descontento el rey de este servidor, ó por otras causas de importancia, recibió el duque de Alba orden de salir de la corte y retirarse á Uceda, una de sus muchas posesiones. Atribuyen algunos esta desgracia, á que habiendo su hijo don Federico concertado su casamiento con una dama de la corte, se desposó con otra por consejo de su padre. Mas cualquiera que haya sido la causa de este cambio en el ánimo del rey, no desplegó el duque menos entereza de alma en su destierro, que al frente de los ejércitos de España. Ya veremos con el tiempo salir de la jaula este león, que en su vejez no había perdido el fuego y la valentía de sus primeros años.

CAPITULO XL.

Asuntos de Francia.--Consecuencias de la segunda tregua con los calvinistas.--Estado de los partidos.--Vuelta de las animosidades.--Excitaciones á una nueva guerra.--Se declara.--Batalla de Farnac.--Muerte del príncipe de Condé.--Enrique de Navarra.--Batalla de Montoncourt.--Nueva tregua.--Paz de San German.--Verdaderos sentimientos de la corte.--Favor de los calvinistas.--Descontento de los católicos.--Se ajusta el matrimonio de Enrique de Bearne con Margarita de Valois.--Va la reina de Navarra, madre de Enrique de Bearne, á la corte.--Su muerte en París.--Entrada en la capital del nuevo rey de Navarra.--Se celebran sus bodas con Margarita de Valois en Nuestra Señora de París.--Fiestas con este motivo (1).

1568—1572.

VOLVAMOS ahora los ojos hácia Francia, que de todos los estados no sujetos al directo poder del rey de Espa-

(1) Autoridades. Los principales historiadores de Francia, como Mezerai, el padre Daniel, Anquetil, Laetelle, Voltaire, Memorias y Correspondencias de Du Plessis-Mornay, de Thou, etc. Nos ha ser-

ña, era el que mas llamaba su atención, y donde influía de un modo mas eficaz y activo su política. Nada de cuanto pasaba en Francia se escapaba de su vista vigilante: de todo le daban las noticias mas exactas sus embajadores, y sacaba Felipe II algun partido para el arreglo de su conducta con sus gobernantes y personas influyentes. Nada hay que admirar en esta atención, en estos cuidados, en esta vigilancia, recordando que estaba encendida en Francia una guerra civil, en que se hallaban de un lado las doctrinas dominantes de la Iglesia católica, y en el campo opuesto las innovaciones introducidas por Calvino y demas sectarios, objeto de tanto odio y execración a los ojos de Felipe. Vecinos a Francia se hallaban sus estados de Flandes, donde cundían las mismas opiniones, a las que los calvinistas de aquel reino daban papulo. ¿Qué cosa podía haber de mas interés a los ojos del rey de España, que la extirpación de esta heregia, que el exterminio, si no había otro medio, de acabar con todos sus sectarios? Asi le hemos visto aconsejar hasta ahora al gabinete de Francia las medidas mas severas y rigurosas contra estos enemigos de la fe católica; asi en las conferencias de Bayona, aunque cubiertas con el velo del misterio, se trato de los medios de acabar de una vez con todos ellos, si otros expedientes no bastaban. Con los heresiarcas no comprendía Felipe II la posibilidad de paz ni tregua. Mas desgraciadamente para su política, la reina Catalina de Medicis no participaba de estos sentimientos tan ardientes, y aunque no se puede dudar de su catolicismo, no la desagradaba emplear el instrumento de los calvinistas, cuando encontraba en sus contrarios algun obstáculo a la preponderancia de que era tan celosa. En aquel pais y época de

vido particularmente de guía, *la Historia de la reforma, de la liga, y del reinado de Enrique IV*, por M. Capengue, obra alguna de tanto mas crédito cuanto que la mayor parte del texto se reduce á copias literales de toda clase de documentos de la época.

facciones y de intrigas, cuando se hallaban sobre la escena tantas pasiones é intereses encontrados, no se podia caminar tan en línea recta como lo deseaba el rey de España, acostumbrado á la obediencia ciega y pasiva de sus subditos. Asi le desvelaban tanto los negocios de Francia y excitaban en alto grado su irritacion y su impaciencia. Era aquel un drama cuyo interés iba creciendo cada dia, sin que ningun hombre previsor pudiese calcular cuándo ni de qué modo llegaria á su completo desenlace.

Fué de tan poca duracion la tregua concluida en 1568, despues de la batalla de San Dionisio, como la anterior, y por las mismas causas. Habian influido en esta suspension de armas el cansancio y fatiga de la guerra por una parte, por la otra las intrigas de la reina Catalina, cuyo poderio solo se apoyaba en que no quedase demasiado preponderante ninguno de los dos partidos. Mas pasado algun tiempo de descanso, volvian á su vigor los resentimientos, las pasiones mútuas, los deseos de venganza, y la voz de los intereses que mútuamente se excluian. En aquellos tiempos de ferocidad, de intolerancia religiosa, no podian vivir en paz dos sectas de un carácter tan distinto. Si en los jefes se mezclaban con las doctrinas religiosas intereses de otra esfera, no sucedia lo mismo con las masas adictas á lo que les sugeria su creencia. Se renovaron los celos, las inquietudes, las acusaciones, los temores que á cada partido inspiraba la conducta de su antagonista. Eran los católicos los mas, y en sus intereses entraban por política ó fanatismo religioso los personajes mas influyentes, tanto propios como extraños. El rey no gobernaba todavía, mas habia sido educado con todos los sentimientos de intolerancia que animaba á las dos sectas religiosas. Aunque Catalina de Médicis no participaba de este celo ardiente de creencias, no podia menos de propender al triunfo de la religion católica que siempre habia profesado. Con ella estaban los príncipes de la casa de Lorena, representada por el

cardenal de este nombre, hermano del difunto duque de Guisa; con ella un gran número de principales de la corte que habian ya combatido contra las armas de los calvinistas. Se mantenía el pueblo de Paris en su antiguo fanatismo, en el horror que profesaba al culto nuevo, y estos sentimientos eran comunes á casi todos los católicos de la monarquía. Prevalencia entonces la opinion de que era licito faltar á su palabra; no guardar ninguna fé ni juramento tratándose de los calvinistas, y que todos los medios eran buenos con tal que pudiesen conducir á su exterminio. Tal habia sido el parecer del duque de Aya en las conferencias de Bayona. De la misma manera se expresaba el rey de España, en sus comunicaciones con la corte de Francia, y en las cartas que dirigia á los principales personajes de aquel reino. Tal era el lenguaje del Papa Pio V, en las que sobre el particular escribia al mismo rey de España, al de Francia, al duque de Saboya, á los mismos príncipes de Italia. Ya desde entonces se echaban los fundamentos de la liga católica de que hablaremos en su debido tiempo, y aunque ahora no hizo tanto ruido, no dejó de ser una asociacion muy respetable. Estaba á su frente la misma reina Catalina, á quien sugería su interés mostrarse enemiga declarada de los hugonotes. Se renovaron los rigores contra los sectarios. Se les obligó á someterse á un nuevo juramento de sumision ciega á los intereses del rey, de combatir siempre á su favor, de no tomar nunca las armas contra el trono. Se les obligó despues á renunciar á todos los cargos y empleos de que los habia revestido la corona, dándose á entender con esto que el calvinismo era una cualidad incompatible con la de funcionarios del estado. Se llegó por fin á prohibir el ejercicio publico del culto protestante, concediéndose solo la tolerancia á las creencias. Todo indicaba, pues, el plan resuelto de destruir para siempre el calvinismo.

Mas no se acaba asi con opiniones tan fuertemente arraigadas en las masas, con corporaciones que han lle-

gado á ser tan numerosas, que se han familiarizado con los peligros de la guerra, y que conservan todavia elementos para renovarla. Era, pues, la guerra inminente, y estalló de nuevo, aunque los calvinistas no se hallaban á la sazón en felices circunstancias. Los había separado la paz, y aunque les infundía grandes temores la conducta de la corte; aunque estaban bien informados de sus pasos, no creían que las cosas llegasen á tal punto, que los pusiesen en el caso de tomar las armas. Corrieron á ellas todos los celosos calvinistas, desde los principales personajes hasta las clases mas ínfimas de la nueva iglesia. El príncipe de Condé, jefe del partido, no se descuidó en esta crisis peligrosa, y antes que le tomasen los caminos, se dirigió en compañía del almirante Coligny á la plaza fuerte de la Rochela, principal asiento de la nueva religion, y considerada desde entonces como su baluarte principal, como la base de sus operaciones militares.

Declarada y encendida de nuevo la guerra civil, se renovaron los furores y calamidades con que en las dos épocas anteriores se habían distinguido. Guerra civil y guerra religiosa! En estas dos palabras están envueltos cuantos desastres pueden afligir á un pueblo que de tales pugnas es teatro. Volvieron los calvinistas á sus violencias de saquear templos católicos, de destruir y profanar las imágenes y objetos de un culto que acusaban de idolatría. Volvieron los católicos á ejercer las mismas represalias en sus conventículos, y á pasar por el fuego y el cuchillo los sectarios de una nueva religion, que designaban con el nombre de impiedad abominable. Para dar una idea del espíritu de intolerancia y fanatismo que á los dos partidos animaba, haremos ver que uno de los jefes calvinistas, llamado Jacobo Crousol, llevaba una bandera de tafetan verde, donde se veía una hidra, cuyas cabezas se hallaban todas con capelos de cardenal, ó mitras ó capuchas de fraile, que él exterminaba bajo la figura de Hércules. Apenas se daba cuartel de una y otra

parte. Era mas sombrío, mas solemne el aspecto que los calvinistas presentaban: mas licencioso el de los católicos; pero no eran menos crueles, menos sanguinarias sus venganzas.

Por todas partes se hacian preparativos para entrar en campaña y buscar los azares de una lucha abierta. Pedia auxilio la corte de Francia al rey de España. Los esperaban los calvinistas de Alemania. Se dió la primera batalla en las llanuras de Jarnac á principios de 1569. Mandaba el ejército del rey, su hermano el duque de Anjou, jóven de diez y ocho años, dotado de gran valor, aunque de ninguna experiencia en los combates. Se hallaba al frente de las tropas calvinistas el príncipe de Condé, ya de tanta reputacion por sus campañas. Fué la batalla sangrienta, y el campo quedó por los católicos. Herido mortalmente en ella el príncipe de Condé, pereció á manos del vizconde de Montesquiu, capitán de la guardia, su enemigo personal, que le encontró tendido en el campo de batalla. La victoria que se declaró, pues, por las tropas del rey, no fué sin embargo decisiva; ni podia serlo, componiéndose los ejércitos de tan pocas fuerzas, y quedando vivo el cuerpo general que los alimentaba.

Quedaron los calvinistas por entonces sin jefe militar, pues aunque en cierto modo tambien lo era Coligny, no alcanzaba la reputacion del príncipe difunto. Fué sentida tan amargamente esta muerte por los suyos, como celebrada y tenida á castigo de Dios por los contrarios. Era el príncipe de Condé hombre activo, de brazo y de cabeza, hábil jefe de faccion, capitán inteligente, de gran valor y sangre fria en los combates, afable en su trato, extremadamente popular en su partido, dotado de toda la ambicion que no puede menos de distinguir á los hombres que se hallan en su caso, generoso y magnífico, muy querido de las personas del otro sexo, aunque la historia le representa pequeño, feo y hasta un poco contrahecho. Dejó sin duda su muerte un gran vacío; mas luego se vió ocupado su

lugar por un joven apenas salido de la adolescencia. Era éste Enrique de Bearne, hijo de Antonio de Borbon, rey titular de Navarra, muerto en el cerco de Ruan cinco años antes. Habia nacido el joven príncipe en París en 1553, y pasado luego al Bearne, donde fué educado por su madre, Juana de Albret, reina de Navarra. La historia dá muchos pormenores de la crianza de este príncipe, á quien acostumbraron desde su niñez á los alimentos mas comunes, á los ejercicios mas duros, y á todo género de privaciones. No ignoraba sin duda su madre las escenas de revueltas y tumultos á que estaba destinado. A la muerte del príncipe de Condé, presentó á su hijo en el campo calvinista, donde con grandes aclamaciones fué reconocido como jefe del partido, aunque no con asentimiento universal; pues el almirante Coligny, si bien cedía al impulso de la mayor parte, no podía menos de resentirse, de que un niño le viniese á usurpar el rango principal á que aspiraba. Hubo pues dos partidos en el campo calvinista; el del príncipe de Bearne, que tenia á su favor todos los jóvenes militares apasionados del príncipe de Condé, y el de Coligny, que á fuer de calvinista mas rancio se apoyaba en la masa popular y en los predicantes de Ginebra. La misma excision tuvo lugar en el campo católico. Era jefe de uno la misma reina Catalina, sostenida por su hijo favorito el duque de Anjou, cubierto con los laureles de Jarnac: dominaba en el otro el cardenal de Lorena, apoyado en el recuerdo del duque de Guisa, en las grandes esperanzas que daban sus dos hijos, que habian empezado ya la carrera de las armas. Continuaba siendo esta familia en extremo popular á los ojos de los parisienses, que los consideraban como principales campeones del catolicismo, mientras la reina Catalina excitaba sospechas y desconfianzas por su política artificiosa, que la hacia inclinarse alternativamente á entrambos bandos.

Mientras tanto se dió entre los dos ejércitos la segunda batalla en las llanuras de Montencourt, mas reñida y

mas sangrienta que la primera, y donde la victoria se decidió de un modo mas decisivo á favor de los católicos. Fué este triunfo tan brillante, que excitó el mayor entusiasmo, y dió motivo á grandes regocijos y festejos, no solo en París, sino en las demas ciudades de Francia, que estaban á la devocion de los católicos. Igualmente fué celebrada la victoria en las córtes extranjeras amigas de la de Francia. Envió el rey de España una embajada extraordinaria con cartas de felicitacion para el rey, para la reina madre, para el duque de Anjou y para el jefe de la casa de Lorena. A todos exhortaba á que redoblasen sus esfuerzos y siguiesen con constancia el camino que les deparaba la fortuna; á no desperdiciar la favorable ocasion de acabar para siempre con los enemigos de la Iglesia. Mas ya no ofrecian las cosas el buen semblante de que se lisonjeara el rey católico.

Volvió por tercera vez el cansancio y la fatiga de la guerra. Eran los choques demasiado violentos, para que pudiesen ser de larga dura. A pesar de haber sido tan desastrosa la batalla de Montencourt, no estaban los calvinistas destruidos, ni aun desanimados. Resueltos á probar de nuevo los azares de la guerra, aumentaron los alistamientos, y esperaban á cada momento refuerzos de Alemania. No se mostró inferior á su alto puesto el joven Enrique de Navarra, y á todos daba ejemplo de magnanimidad y constancia. Catalina de Médicis por otra parte veia muy remota la terminacion de una guerra provocada por el espíritu de intolerancia. Los socorros de España eran pocos y tardíos. A excepcion de un corto número de tropas, que envió el duque de Alba despues de la primera expulsion de los Países-Bajos del príncipe de Orange, ningun auxilio habia enviado el rey católico. Se defendian los calvinistas en las plazas que les habian servido de refugio. Costaba el sitio de San Juan de Angeli mas gente de la que podia separar del grueso del ejército el partido católico, y los hombres de entendimiento comenzaban á ver, que la guerra estaba en el mismo estado que al prin-

cinio. Por otra parte inquietaba á la reina madre el crédito de que comenzaban á gozar los jóvenes príncipes de Guisa, y temió que en los campos de batalla llegasen al brillo y esplendor que habían hecho á su padre tan temible para ella. Se dió pues oídos á los hombres del partido medio, que deseaban el término de aquella guerra asoladora. No ponía la corte repugnancia al ajuste de una paz: los católicos la deseaban. Se entablaron pues las negociaciones, y á pesar de varios obstáculos y dificultades, se firmó una tregua precursora de la paz definitiva, y al fin se ajustó en 1570 en San German, á pesar de las murmuraciones violentas de los católicos ardientes y exaltados, á pesar de las manifestaciones en contrario de Felipe II, y á pesar de las reconvenciones y hasta acriminaciones del pontífice, que consideraba como un crimen todo pacto y estipulación con los hereges. Catalina se mostró sorda á todas estas consideraciones y reconvenciones, y por esta vez se abrazaron los católicos y los calvinistas, aunque con poca sinceridad por ninguna de ambas partes. Quedaron estos con el libre ejercicio de su religion, y el goce de sus derechos civiles, con la posesion de algunas plazas fuertes que les sirviesen de seguridad, sin mas restricciones que la de no poder celebrar sínodos ó reuniones á diez leguas del radio de la capital, donde la religion dominante y exclusiva era la católica, como ya hemos visto.

Tan ventajosa fué la paz para los hugonotes (1) que

(1) Varias veces hemos empleado la palabra de *Hugonotes*, sinónima entonces de la de *Calvinistas*. La hacen unos derivar de la voz *Hugon*, que en algunas provincias de Francia se usaba para atemorizar á los niños, queriéndose dar así á entender el miedo y espanto que los calvinistas infundian. Pero lo mas probable es, que Hugonotes viene de la voz alemana *eidgenossen* (juramentado) aludiendo al juramento que hicieron en Ginebra y varios puntos de Suiza los nuevos sectarios, de unirse estrechamente contra sus antagonistas. En Saboya y demas países vecinos se pronuncia esta voz *eignols*, que tiene bastante analogía con la de *huguenot* ó *hugonote*, como en Francia los llamaban.

en vista de lo que sucedió despues, se la creyó un lazo armado para destruirlos mas á mansalva; pero de su sinceridad por parte de la corte, á lo menos del que no era una celada, hay documentos que presentan pruebas positivas. A no ser así, no se hubiese manifestado tan abiertamente el descontento de los católicos ardientes; no se hubiese mostrado tan quejoso y resentido el rey de España; no hubiese tronado tanto el Vaticano. Así como por esta parte hubo disgusto y descontento, se mostraron satisfechos y gozosos los príncipes protestantes de Alemania, que felicitaron por ello al rey de Francia.

A mas de este tratado público de la paz de San German, tuvo artículos secretos, por los que se comprometia Carlos IX á otorgar varias gracias y favores á los jefes protestantes, y sobre todo, á pagar cien mil escudos á los reîtres (1) alemanes, á fin de activar su partida, que era tan deseada.

Descansó por un momento la Francia de la agitacion y tumultos que en ella causaba una guerra tan funesta. Se retiraron á sus castillos los calvinistas, despues de haber conquistado con tantos peligros y sangre su tolerancia religiosa. Volvió París á su tranquilidad, y la corte á los placeres y devaneos licenciosos, que eran su elemento. Los hombres previsores y de observacion no dejaban de columbrar á lo lejos la nueva tempestad que se iba poco á poco aglomerando; mas esto no impedia que la generalidad celebrase la pacificacion, que este acto fuese objeto en la capital, sobre todo, de fiestas y regocijos públicos, en que el monarca tomaba una parte muy activa.

¿Era sincero Carlos IX en estas manifestaciones? ¿Lo era asimismo Catalina? Posible es, y muy probable, que la pacificacion del reino fuese para los dos un motivo

(1) Otros, y en particular los historiadores españoles, dicen *raitres*. Las dos son voces corrompidas de las alemanas, *ritten* (andar á caballo), *ritter*, (ginete ó caballero.)

de satisfaccion y de alegría. Lo cierto es, que á los principales jefes calvinistas se les prodigaba todo género de agasajos y de obsequios; que Coligny, al venir á París, fué objeto para la córte de deferencias y respetos; que hubo embajadas muy cordiales de París á los diferentes príncipes luteranos de Alemania; que se enfriaron por entonces las relaciones con España, y que la córte manifestaba adherirse á un partido medio, que se habia formado, y no puede menos de formarse siempre que chocan intereses y principios extremos, que se excluyen mutuamente.

Sin meternos en interioridades, y contrayéndonos á los hechos, se puede asegurar que los dos partidos católico y protestante, por su índole, por sus intereses, por sus miras de política, eran dos cosas heterogéneas, inamalgamables. Era interés de los calvinistas separar á Carlos IX de la córte de España, unirse con vínculos de alianza con la reina Isabel de Inglaterra, con los príncipes protestantes del imperio, y hacerle tender una mano protectora á los rebeldes de los Países-Bajos. El almirante Coligny, sin duda demasiado poseido de la idea de favor que gozaba con el rey, y de su preponderancia en el Consejo, escribió una larga memoria sobre la necesidad de romper con España, declarándose altamente favorable á la emancipacion de los Países-Bajos; mas fué una imprudencia de quien no conocia bastante las personas y las cosas. Informado del menor paso que se daba en París el rey de España, tenia mil medios de neutralizar cuanto favor podia gozar en la córte el almirante. Envió Felipe nuevas instrucciones á su embajador (don Francisco de Alava), y tomó disposiciones que provocaron una explicacion de la córte de Francia acerca de los proyectos hostiles que la suponian. La vigilancia del embajador español en París fué tal, que disgustada de ello la reina Catalina, pidió su remocion y la obtuvo; mas á pesar de las explicaciones mútuas por entrambas partes, las relaciones quedaron por el momento frias. El matri-

monio proyectado entre Carlos IX y la infanta de España doña Isabel Clara Eugenia, no tuvo efecto, y el jóven rey se casó con una hija del emperador Maximiliano, por sugerencias del partido medio.

Se habia colocado la córte de Francia en una posicion que parecia falsa, y en efecto lo era. Por una parte no estaban los calvinistas bastante satisfechos, y Coligny se habia retirado á la Rochela, con el despecho de ver el poco efecto que habia producido su memoria. Por la otra vivia alarmado Felipe II con la idea de la posibilidad de que se declarase el rey de Francia favorable á los Países-Bajos. Se hallaban, pues, los hugonotes recelosos; los católicos ardientes, indignados. Y como no era posible que la córte de Francia guardase un perfecto equilibrio entre ambas partes, sea por conviccion, sea por capricho, sea porque lo creyese necesario, ó tal vez por fingir mas, pareció inclinarse la balanza del lado de los calvinistas.

Ya habian sido antes éstos objeto de particulares atenciones, alterándose en su favor algunos artículos del tratado precedente. Se les permitió tener mas congregaciones religiosas que las estipuladas, y hasta en París mismo, aunque sin carácter público, para mas muestras de favor se envió á la Rochela al mariscal Corsé, encargado de entrar en conferencias con los principales jefes calvinistas, para reparar los agravios de que se quejaban; se invitó al almirante Coligny á que se trasladase á Blois, adonde se dirigia la córte; se habló de un armamento en favor de los Países-Bajos, de ajustar un enlace entre el duque de Alençon (hermano del rey) con la reina de Inglaterra, y sobre todo de casar á Enrique, príncipe de Bearne, con Margarita de Valois, hermana del monarca.

Hubo un momento en que los calvinistas pudieron creerse árbitros de los destinos de la Francia. Expusieron altamente sus quejas los de la Rochela, en cuya compañía se hallaba á la sazón Luis de Nassau, hermano del príncipe de Orange, y enviaron una solemne embajada al